

Cartas judías o Correspondencia filosófica, histórica y crítica entre un viajero judío y sus correspondientes en diversos lugares (del Marques d'Argens)

Argens, Jean-Baptiste de Boyer 1704-1771. Reproducción de la edición de La Haya: P. Paupie, 1738.

© (2000) Traducción: Luisa Romero

CARTA 137

De Aaron Monceca a Isaac Onis, que en otro tiempo fue rabino de Constantinopla. Acabo de leer, querido Isaac, el relato de un prodigio que alguien incluyó en un diario histórico; y me ha parecido tan particular, que creo que tu confesarás como yo, que los hechos que incluye parecen llevar hasta el extremo todas las especulaciones filosóficas y todos los razonamientos humanos. Aquí te adjunto un extracto fiel. A continuación te diré lo que yo pienso a la vista de las cosas milagrosas que contiene. “Acaba de producirse en estos barrios una nueva escena de vampirismo, ... etc.” He considerado, querido Isaac, que debía comunicarte todos los prodigios que se cuentan sobre los vampiros, para que estés en mejor situación para juzgarlos, y que la multitud de hechos sirva para esclarecerlos. A la espera de que tú me expreses tus impresiones, voy a arriesgarme a escribirte las mías.

Existen dos formas diferentes de destruir la opinión de esos pretendidos revivientes y de mostrar la imposibilidad de los efectos que hacen producir cadáveres completamente privados de sentimientos. La primera es la de explicar mediante causas físicas todos los prodigios del vampirismo. La segunda, la de negar totalmente la verdad de esas historias: y esta última parte es sin duda la más segura y la más inteligente. Pero, puesto que hay personas a quienes la autoridad de un certificado suministrado por las personas del lugar les parece una demostración evidente de la realidad del cuento más absurdo; antes de mostrar el poco crédito que debe darse a todas las formalidades de justicia sobre las materias que tienen que ver solamente con la filosofía, supondré durante un tiempo que varias personas mueren realmente por el mal que se denomina vampirismo. Parto del principio de que puede ocurrir que haya cadáveres que, aunque lleven varios días enterrados, tienen sangre fluida repartida por los canales de sus cuerpos. Además añado que es muy fácil que algunas personas se imaginen que son chupadas por los vampiros; y que el miedo que les produce estas imaginaciones les provoca una revolución lo suficientemente violenta como para privarles de la vida. Estando todo el día preocupados por el miedo que les inspiran esos pretendidos revivientes, ¿resulta muy extraordinario que, durante su sueño, las ideas acerca de esos fantasmas se aparezcan ante su imaginación y les provoquen un terror tan violento que algunos mueran al instante y otros poco después? ¿Cuántas personas se ha visto que han muerto súbitamente por el miedo? ¿Acaso la propia felicidad no ha provocado a menudo un efecto igual de funesto?

Al examinar el relato de la muerte de los pretendidos mártires del vampirismo, descubro todos los síntomas de un fanatismo epidémico; y veo claramente, que la impresión, el miedo que les provoca, es la única causa de su pérdida. Una llamada Stanoska, se dice, hija del heiduque Jovitzo, que se había acostado perfectamente sana, se despertó en medio de la noche temblando completamente, produciendo gritos horrorosos y diciendo que el hijo del heiduque Millo, que llevaba muerto nueve semanas, había intentado estrangularla mientras dormía. Desde ese momento, no hizo más que languidecer y, al cabo de tres días, murió. Para cualquiera que tenga ojos, aunque sean poco filosóficos, este relato no debe mostrarle más que el pretendido vampirismo no es otra cosa que una imaginación herida. Tenemos aquí a una chica que se despierta, que dice que la han querido estrangular y que, no obstante, no ha llegado a ser chupada, porque sus gritos impidieron al vampiro llevar a cabo su comida. Tampoco parece que llegue a ser chupada las siguientes noches, porque no la dejan sola y, si el vampiro hubiera querido molestarla, sus quejas hubieran avisado a los asistentes. A pesar de ello, muere tres días después del horror. Y su abatimiento, su tristeza y languidez, indican de forma evidente hasta qué punto había sido lastimada su imaginación.

Aquéllos que se han encontrado en pueblos afligidos por la peste saben por experiencia a cuántas personas el miedo les cuesta la vida. Desde el momento en que un hombre se siente atacado por el más mínimo dolor, se imagina que se trata de la enfermedad epidémica y ello le provoca tal movimiento, que es casi imposible que se resista ante esa revolución. El caballero de Maisin me aseguró, cuando estuve en París, que estando él en Marsella durante el contagio que reinó en esa ciudad, había visto morir a una mujer del miedo que le provocó una enfermedad bastante leve de una criada, que ella creyó atacada por la peste. La hija de esa mujer también enfermó hasta morir. Otras dos personas, que estaban en la misma casa, tuvieron que guardar cama, enviaron a buscar a un médico y aseguraron que tenían la peste. El médico que acudió visitó primero a la criada y luego a las otras enfermas y ninguno de ellos tenía la enfermedad epidémica. El médico intentó devolver la calma a sus espíritus y les ordenó que se levantaran y que vivieran de forma normal, pero todos sus cuidados resultaron inútiles ante la dueña de la casa, que murió dos días después a causa de su miedo.

Considera, mi querido Isaac, este segundo relato de la muerte de un vampiro pasivo y verás en él las pruebas más evidentes de los terribles efectos del miedo y de los prejuicios. Tres días después de haber sido enterrado, se le apareció de noche a su hijo, le pidió de comer, comió y desapareció. Al día siguiente, el hijo relató a sus vecinos lo que le había ocurrido. Esa noche el padre no apareció; pero la noche siguiente,... encontraron al hijo muerto en su cama. ¿Quién puede no ver en esas palabras las marcas más verdaderas de la prevención y el miedo? La primera vez que actuaron sobre la imaginación de la persona que supuestamente era molestada por el vampirismo no llegaron a producir un efecto completo y no hicieron más que disponer su espíritu para que estuviera más susceptible a ser atacado fuertemente. Llegado este punto, no hacía falta más que se produjera el efecto que debía operar naturalmente. Ten en cuenta, querido Isaac, que la muerte no tuvo lugar la noche en la que el hijo comunica su visión a sus amigos, porque, según todas las apariencias, estuvieron velándole y le impidieron que se librara al miedo.

Ahora me refiero a esos cadáveres repletos de sangre fluida, en los cuales se renuevan la barba, los cabellos y las uñas. Yo creo que se pueden rebatir tres cuartas partes de tales prodigios: y aún somos complacientes al admitir una pequeña parte. Todos los filósofos conocen bien cómo las gentes y ciertas historias hacen crecer las cosas que parecen en sí poco sobrenaturales. No obstante, no es del todo imposible explicar físicamente su causa. La experiencia nos enseña que ciertos terrenos pueden conservar los cuerpos con toda su frescura. Las razones para ello han sido explicadas bastante frecuentemente, sin que merezca la pena que yo te las relate. En Toulouse hay una cripta en una iglesia de un convento donde los cuerpos permanecen tan perfectamente completos que algunos llevan cerca de dos siglos y parecen vivos. Fueron colocados en forma vertical contra la muralla y visten sus hábitos ordinarios. Lo que resulta más particular es que los cuerpos que se colocan al otro lado de esa misma cripta se convierten en pasto de los gusanos dos o tres días después.

Respecto al crecimiento de las uñas, de los cabellos y de la barba, se puede ver muy a menudo en varios cadáveres. Mientras haya suficiente humedad en los cuerpos, no hay nada sorprendente en que, durante algún tiempo, se vea algún aumento en las partes que no exigen ningún espíritu vital.

La sangre fluida, corriendo por los canales de los cuerpos parece constituir una dificultad mayor. Pero se pueden proporcionar razones físicas para tal fluir. Podría bien darse el caso de que la calor del sol que calienta las partes nitrosas y sulfurosas que se encuentran en los terrenos cercanos a conservar los cuerpos, al ser incorporadas esas partes en el cadáver recién enterrado, fermentan y producen la descoagulación y el desprendimiento de la sangre depositada, tornándola líquida, lo que posibilita que fluya poco a poco por los canales. Este sentimiento es tanto más probable, que está confirmado por la experiencia. Si se hierva en un recipiente de vidrio o de barro una parte de chile? o de leche mezclada con dos partes de aceite de tártaro conseguido por fallecimiento, el licor, que era blanco, se convierte en rojo, porque la sal de tártaro habrá enrarecido y disuelto completamente la parte de la leche más aceitosa y la habrá convertido en una especie de sangre. La que se forma en los vasos del cuerpo es un poco más roja, pero no es más espesa. Así pues, no es del todo imposible que el calor cause una fermentación, que produzca poco a poco los mismos efectos que este experimento. Y aún se verá más fácilmente si se considera que los líquidos de las carnes y de los huesos se parecen mucho al del chile y que las grasas y los tuétanos son las partes más aceitosas del chile. Así pues, todas esas partes en fermentación deben, por la regla de la experiencia, convertirse en una especie de sangre. Así, además de los que se formarían por descoagulación y licuefacción, los pretendidos vampiros también incluirían a los que se forman al fundirse las grasas.

He aquí, querido Isaac, lo que se puede decir, cuando se desea tener la complacencia de no desmentir en absoluto los certificados que se han dado sobre estos falsos prodigios. En efecto, sería más que absurdo pensar que pudieran ser verdaderos. Porque, o los cuerpos de esos vampiros salen de sus tumbas para venir a chupar, o no salen. Si salen, deben ser visibles. No obstante, no se les ve en absoluto ya que, cuando los que se quejan de ellos piden socorro, no se descubre nada. Así pues, necesariamente no salen. Si los cuerpos no salen, entonces es el alma Pero el alma, espiritual o, si se quiere, compuesta de materia sutil ¿puede recoger y contener como un jarrón un licor como la

sangre y llevarla al cuerpo? Eso es cargarla con un difícil deber. En verdad, querido Isaac, me daría vergüenza el querer probar durante más tiempo la imposibilidad del vampirismo: y me encontraría en el mismo caso de un viejo doctor nazareno que enrojecía por los errores de aquéllos que debía demostrar y de la infelicidad de las personas que habían sido tan desafortunadas como para oírles hablar de ellos. Te señalaré desde el primer día lo poco que se debe hacer caso de los certificados que no sirven más que para constatar prodigios.

Cuídate, querido Monceca: y vive contento y feliz.

De Londres, este que ...